

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 28 de marzo de 2012

Texto de referencia: Los orígenes de la pretensión cristiana, capítulos III y IV, *Encuentro, Madrid 2011, pp. 37-59*

- *I Wonder*
- *Il giovane ricco*

Gloria

Antes de empezar a afrontar el tema que nos habíamos propuesto para hoy, quisiera decir algo sobre la forma de hacer la Escuela de comunidad, porque este año estamos intentando verificar si el trabajo que hemos hecho en los últimos dos años comienza a afirmarse como método. Si no es así, volvemos al punto de partida y la Escuela de comunidad no da la contribución que, como gesto, debe dar (y eso se ve en la forma en que la hacemos). Evidentemente esto tiene algunos riesgos: sería más fácil venir aquí a escuchar una lección y después irnos todos, como proponen algunos, pero eso no daría el fruto que tratamos de obtener: que se haga familiar una cierta forma de hacer Escuela de comunidad. Pero como hay quien tiene cierta perplejidad, me gustaría afrontarla. Una persona me escribe: «Me parece que la modalidad de asamblea, dentro de su riqueza de ejemplos y testimonios, no está ayudando en el trabajo específico sobre el contenido del texto. En particular, considerando las intervenciones de la última vez, me pareció como si el texto, que tú defines como decisivo, no fuera objeto de un trabajo de comparación con la experiencia. Cada uno habla de su experiencia más significativa, pero sin relación con el contenido del texto; al menos yo no he captado la relación [y es importante darse cuenta de esto, porque de otra forma no aprendemos]. A fin de cuentas, se trata de una “escuela”, por lo cual el primer objetivo es la comparación con un maestro y con el contenido que él expresa, ante todo con el deseo de entender qué es lo que está diciendo. Siento la necesidad, para mí y para algunos amigos con los que estoy, de un momento en que la Escuela de comunidad sea “presentada” y se profundice en su contenido según la provocación que representa para la vida». Esta presentación se hizo ya el 25 de enero... Ahora hace falta arriesgar, aunque a veces no hagamos bien los deberes. Eso no me preocupa, porque no venimos aquí para quedar bien sino para aprender; si a vosotros os preocupa, lo siento por vosotros, a mí no me preocupa. A mí me preocupa que aprendamos, me preocupa ante todo por mí mismo. Entonces, la única forma posible es que cada uno testimonie sus propios intentos, porque así podemos ayudarnos a ver si el intento que estamos haciendo es adecuado para aprender. Esta es la comparación que hacemos aquí, como me escribió otra persona después de la última Escuela de comunidad: «Qué impresión la Escuela de ayer por la noche cuando me di cuenta de hasta qué punto vivimos extraños a nosotros mismos, hasta llegar a darnos cuenta de que – yo, no los demás – vivimos las reducciones del cristianismo contra las que don Giuss nos pone en guardia. Te confieso que sin ti no habría entendido estos meses de Escuela de comunidad [¡la comparación está!], a pesar de que [esta es la cuestión] la haya leído todos los días, a pesar de que haya participado en todos los encuentros posibles. Sólo bajo tu mirada me vuelvo a encontrar a mí misma». Debemos ayudarnos en esto. Ha caído en mis manos un texto que me ha sido útil para una comparación sobre el método con el que estamos trabajando. Es un pasaje sacado de *Algo que se da antes*, donde don Giussani describe una vez más qué es la Escuela de comunidad. «Hace falta que el que guía la “Escuela de comunidad” comunique una experiencia en la que se renueve el asombro del comienzo y no que, en cambio, asuma un papel o desarrolle una “tarea”. No puede ser comunicación de una experiencia la que parte de una conciencia de sí mismo como un papel, que se mueve desde una visión de sí como jefe, de superioridad, con la

pretensión de enseñar. Porque el único que enseña es el Espíritu de Dios: es el espíritu el que da el primer sobresalto y el que lo renueva. Por ello, el que guiando la “Escuela de comunidad”, comunica una experiencia en la que vuelve a suceder la sorpresa inicial, desarrolla esta comunicación dando razones de las palabras que se usan». Esto es lo que debemos pedir al Espíritu: que cada vez que vamos a Escuela de comunidad vuelva a suceder la sorpresa del comienzo sin la cual la Escuela no se entiende aunque la “expliquemos” (a causa de la reducción que hacemos del conocimiento a explicación en lugar de acontecimiento). Entendemos las cosas cuando suceden. Por eso es fundamental ayudarnos en esto. Alguien me ha escrito diciendo (lo leo porque me parece útil para el trabajo común): «En la última Escuela de comunidad dijiste que te había impresionado el primer párrafo de la Introducción del texto. En particular te impresionaba que don Giussani dijese que “considerar el cristianismo sin reducciones depende de la amplitud e integridad con la que uno percibe (...) el sentido religioso”. Si reducimos el sentido religioso, es decir, la naturaleza de nuestro yo, inevitablemente reducimos el cristianismo». El que me ha escrito dice que no entiende la relación que hay entre esto y lo que se ha leído en el capítulo de hoy: «“Una indagación sobre el sentido religioso no nos lleva a entender si el cristianismo nos transmite una noticia verdadera o falsa. Ya he enunciado esta posición en el primer volumen de este curso: el método lo impone el objeto, no lo fija el sujeto. El sentido religioso es un fenómeno de la persona; por eso ya hemos aclarado cómo el método para abordarlo (...) es reflexionar sobre nosotros mismos. Sin embargo, el que Cristo haya dicho o no que es Dios, el que sea o no sea Dios, y el que todavía hoy llegue o no llegue a nosotros, es un problema histórico; por eso el método para resolverlo debe ser el que le corresponde, y el que corresponde a la gravedad del problema”. Yo he entendido de todo esto que si no abro de par en par mi corazón, si por tanto no hago una indagación sobre mí mismo, no puedo entender el alcance del mensaje cristiano. Sin embargo, lo que dice don Giussani en el párrafo cuarto del capítulo tercero parece lo contrario, o bien que basta con estar simplemente frente al hecho histórico de Cristo». Son dos cosas que hace falta entender. Don Giussani dice que el sentido religioso es distinto del cristianismo, porque el cristianismo es un hecho histórico y por tanto no es a través de una indagación sobre mí mismo como entiendo si el cristianismo ha sucedido. Pero, al mismo tiempo, Giussani dice que si yo no estoy presente, sin que yo esté abierto de par en par a este hecho – lo que no significa que yo tenga que hacer ulteriores indagaciones sobre mí mismo, sino que yo tenga conciencia de mí mismo y de todo el drama que soy –, no puedo entender, no puedo comprender que el hecho cristiano haya sucedido. ¿Entendéis? Los discípulos Lo tenían delante – habíamos dicho la vez pasada –, pero preferían el éxito misionero a Su persona. ¿Por qué? ¿Por qué Jesús no estaba frente a ellos? No, era porque para entender la diferencia que sucedía en Jesús hacía falta que estuviesen ante Él con toda la conciencia de sí mismos. Por eso si nosotros no entendemos estas dos cosas, que no se trata de llevar a cabo una indagación sobre mí mismo, por una parte, y que sin tener conciencia de mí mismo yo no puedo entender el cristianismo, por otra, – porque este es el nudo del enfoque de todo el libro: una conciencia tierna y apasionada de mí –, Cristo será para nosotros un mero nombre. Entonces la cuestión es que yo esté con toda mi humanidad abierta de par en par frente a la realidad para poder interceptar con mi humanidad si sucede algo que me hace decir: «¡Ah! Es lo que buscaba». Es decisivo entender esto si queremos no confundir las dos cosas. Espero haberme explicado.

Entonces, la pregunta que nos habíamos hecho era verificar dónde podemos captar si ha sucedido o no ha sucedido el cristianismo, porque esta es la cuestión; ahora ya no es un problema de reflexionar sobre sí, sino un problema histórico: ¿el cristianismo ha sucedido o no? ¿Estamos solos con nuestros intentos de vivir la vida o ha sucedido algo diferente? ¿Dónde podemos reconocerlo? ¿Dónde podemos encontrar que este cambio de método ha sucedido? Ahora no nos interesan tanto las consecuencias, sino el hecho de constatar que ha sucedido.

Tratando de hacer la Escuela de comunidad con esta pregunta en mente tengo que decir que durante muchas semanas a menudo buscaba el cambio de método, el hecho que ha sucedido en mi vida, en episodios del pasado más o menos reciente. Y después ha sucedido una cosa, en realidad muy simple, que para mí es preciosa, porque me parece que me entrega toda la actualidad y toda la vida que hay dentro de este “cambio de rumbo”. En un momento de mi vida, en resumidas cuentas sereno, en el que, tras grandes cambios de trabajo, de vida en general, me parece haber encontrado un nuevo equilibrio, el domingo pasé un hermoso día de primavera: un paseo en bici con mi familia (que es una de las cosas que más me gusta) y, por la tarde, el bautizo del hijo de una amiga, con un estado de ánimo de alegría, aunque también – perdonad – algo formal. Y allí, durante la misa, empiezo a escuchar el Evangelio de la resurrección de Lázaro, y a revivir toda esa mirada apasionada de Jesús sobre Lázaro, María, Marta; y después, durante la homilía, tú explicaste este pasaje diciendo: «El gesto que estamos haciendo es mucho más grande incluso que la resurrección de Lázaro, porque Lázaro tuvo que morir otra vez, en cambio en el Bautismo se introduce al niño en la vida eterna» (una madre sabe bien que no podría soportar una perspectiva distinta a esta para su hijo). Resumiendo, una ceremonia en que se leían cosas que hemos oído miles de veces, y que sin embargo me produjeron una turbación profundísima, porque es como si, bajo aquella mirada, revivido a través de las palabras del Evangelio y de tu homilía, y además de la presencia de ciertos rostros amigos, yo hubiese vuelto a descubrir en realidad que la necesidad que tengo no es de mi “equilibrio”, sino de esa mirada que me provoca una nostalgia dolorosísima que revuelve, que quita el sueño y hasta lucidez sobre lo que tienes que hacer, pero que amas, que no te gustaría cambiar por ninguna otra cosa en el mundo porque entiendes que estás hecho para ella. No sé si es esto de lo que estamos hablando, pero me parece que el cambio de método en la vida es este hecho que vuelve a suceder, que vuelve a suceder realmente, vuelve a suceder en las situaciones en que no te lo esperabas (no me esperaba que el domingo terminase así).

Gracias. Es de esto de lo que hablamos, porque lo primero de lo que estamos hablando no es más que de una experiencia presente. Primera cuestión. Uno va a un determinado lugar pensando que va a una cosa formal y se encuentra frente a algo que le remueve. Fácil. ¿En qué se ve? Desde el interior de una cosa así – o de lo que escucharemos ahora, espero, de los demás –, hace falta volver a examinar todas las palabras que se refieren al cambio de método de que habla la Escuela de comunidad. Esta es una evidencia fácil para un niño, no hace falta ninguna inteligencia particular para que uno llegue y vea algo que lo remueve. ¡Fácil! Puede desplazar hasta a los niños. Así es como tenemos que tratar de encontrar en la realidad los hechos que documentan este cambio.

Me llama un amigo y me dice: «Hay dos amigos míos que quisieran que te encontrases con su padre porque su empresa no va bien y quisiera que le ayudases a encontrar trabajo». Y entonces me encuentro comiendo con los dos hijos, su padre, y mi amigo. Los hijos empiezan a hablarme del problema de su padre, de que la empresa no va demasiado bien y tienen que cerrarla, la quieren cerrar, la están cerrando. Mientras tanto, el padre está en silencio. En un determinado momento, uno de los hijos dice: «En esta situación, por lo menos hemos asegurado la casa de papá», y yo digo: «Perfecto». Entonces interviene el padre, un hombre de más de sesenta años, y con los ojos rojos empieza a decir: «¿Pero cómo voy a mandar la carta a los proveedores?» (es la carta en la que se propone un acuerdo mediante el cual se reparten las deudas). Y después añade: «Antes les regalaba a los proveedores el manifiesto, les invitaba a los gestos del movimiento... Y encima con lo que Julián nos está diciendo a través de la Escuela de comunidad, con todo el trabajo que estamos haciendo, ¿es realmente justo no vender la casa para pagar las deudas?». Y yo entonces me revolví. Me encontré frente a mi necesidad, a lo que deseo, a lo que está en juego, tanto, que me volví rápidamente a los hijos y les pregunté: «¿Qué es lo que necesitamos? ¿Que nuestro padre no pierda la casa o que un

hombre se ponga frente a la realidad?». Me encontré libre, presente ante mí mismo. Es un acontecimiento que vuelve a aferrarme, a mí, que al principio estaba de acuerdo en no vender la casa.

¿Nosotros qué pensamos de alguien que en esta situación dice: «¿Es justo vender la casa?». ¿Ha llegado a eso con un esfuerzo del sentido religioso? ¿Está loco? ¿O le ha sucedido algo diferente?

La otra noche estaba cenando con algunos amigos, y en un determinado momento, interviene uno de los hijos de este hombre del que hablaba la intervención anterior y dice: «Mi padre se encuentra inmerso en una dificultad y hemos pedido ayuda a algunos amigos. Hice todo el viaje de ida pensando en todos sus problemas, en cómo ayudarlo, en mi propia agitación, etcétera. Llegué allí, me encontré con estos amigos, estas personas, jamás me he sentido querido como en aquel momento, me he sentido abrazado, hasta tal punto que el viaje de vuelta lo he hecho en silencio y la única cosa que tenía en la cabeza era: “Este ha sido el abrazo de Jesús a mi vida”. Yo no quiero otra cosa. Estoy hecho para este abrazo». Y me decía: «Y era la primera vez en mi vida que decía: “Este es el abrazo de Cristo”». Después añadió: «Llevo años haciendo la caritativa, llevo la caja del Banco de Solidaridad a una familia. Pasados unos días llevé, como siempre, la caja, pero fue algo distinto. Porque me descubrí libre frente a esas personas, y mientras me descubría con esta libertad me di cuenta también de que siempre había llevado la caja con una pretensión, como si el resultado final fuese mi propia satisfacción. En cambio, dentro de esa libertad, volvía a tomar conciencia del hecho de que yo sólo deseaba ese abrazo, estaba hecho para ese abrazo. Pero para hacer esto, para adquirir esta conciencia sobre mí, he tenido que volver a esa experiencia que había hecho unos días antes».

Una experiencia presente: en el encuentro con alguien sucede algo imprevisto. ¿Y en qué puedo reconocer que ha sucedido algo imprevisible (o sea, que no sea una creación mía, sino un hecho ante cuya evidencia debo rendirme)? En que me siento libre también al hacer la caritativa, al aprender la gratuidad, sin pretender una confirmación. Esto es imposible que lo generemos nosotros mismos, no es la prolongación de un intento mío. El cristianismo es algo totalmente distinto: entra algo nuevo, y bastaría que nosotros lo mirásemos para ver cuántas veces lo reducimos a nuestro intento, sin dejar sencillamente que nos mueva un hecho presente que nos hace libres.

Hace unas semanas descubrí que estoy enfermo de cáncer y me dije: como Juan, Andrés y Simón, he sido elegido por Cristo, y de modo decisivo por segunda vez. Mirando mi vida, de hecho, ha habido dos momentos decisivos para mi destino en los que Cristo, saliendo a mi encuentro a través de la enfermedad, se me ha revelado. La primera vez que Cristo me llamó fue en el encuentro con el movimiento en la universidad. A los catorce años había enfermado de un tumor con graves consecuencias físicas, hasta el punto que los pocos amigos que tenía me habían abandonado. Había llegado a la universidad acompañado de un Dios que para mí era una cosa abstracta, pero con un gran deseo de felicidad dentro. Cuando me dirigí a las mesas que habíais preparado para hacer la matrícula, vuestras miradas, que me aceptaban por lo que era, me iluminaron; nadie me había mirado nunca de esa manera. Completamente deslumbrado y sorprendido, empecé a seguirlas y comencé mi camino en el movimiento. La segunda vez, tan decisiva como la primera, ha sido el abrazo de Cristo en estos días. En los últimos meses mi existencia se había reducido a una vida de apartamento estéril y a algunas Escuelas de comunidad en las que participaba con poco interés. Mi corazón se había adormecido, pero me daba cuenta de que aspiraba al infinito y a la verdad. Y también aquí ha intervenido el Misterio, a través de la enfermedad, que me ha despertado, haciéndome volver a abrazar la presencia viva incluso de algunos rostros que no escuchaba ni veía desde hacía

años. Me he dicho: Cristo se ha conmovido y se ha movido por mí, me ha salido al encuentro. Ahora con el corazón lleno de Cristo, que es algo que me está sucediendo ahora, quiero vivir intensamente la realidad: si conseguí afrontar la enfermedad a los catorce años con el apoyo de un Dios que para mí era un ser abstracto, ¡imaginaos ahora que puedo confiarme al Misterio revelado a través de algunos rostros!
¡Gracias!

Gracias a ti.

Abandonado por los demás, una mirada imprevisible entra en su vida a través de algo presente. ¡Cuidado, no demos esto por descontado, porque no se refiere a una cita del Evangelio, sino a una mirada presente! Y cada uno tiene que darse cuenta de esto, porque esto es lo que vuelve a abrir la partida con el cristianismo, a pesar de todo. De hecho, ¿cómo puedo dar razón de esta mirada dos mil años después? Porque que alguien me cite un pasaje del Evangelio es comprensible, pero que uno se encuentre encima la mirada de Cristo, que lo cambia dos mil años después, es una experiencia presente. Si no partimos de aquí, no podemos decir verdaderamente si Cristo ha sucedido o no ha sucedido como un hecho en la historia. No se trata de una reflexión sobre el cristianismo: el problema del cristianismo «no es un problema de pareceres, de gustos, y (...) de análisis del ánimo religioso, (...) es un problema histórico». La cuestión es si sucede o no en el presente, porque no es un acontecimiento sólo al principio (y después podemos seguir adelante como un mecanismo, con la fuerza de la inercia), de otra forma, nadie se podría dar esta mirada ni podría generarla. Por eso me asombra cuando hablamos de esta mirada sin tener presente lo que dice don Giussani: «sólo lo divino puede “salvar” lo humano, es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana». Si no nos damos cuenta de esto no podremos hacer Escuela de comunidad con una mirada verdadera, porque todo se reducirá a nuestras reflexiones sobre el texto, pero no haremos lo que propone don Giussani: hacer la misma experiencia que los apóstoles. El resultado lo veremos al final: quién ha hecho comentarios sobre el texto, por una parte, y quién ha hecho un recorrido en donde ha encontrado hechos en el presente (como les sucedió a los apóstoles), por otra. El resultado de la Escuela de comunidad será totalmente distinto. Con los mismos ingredientes, como digo siempre, habremos cocinado una sopa distinta. Y esto se ve en la vida. Por eso enfocar ahora, en este momento, dónde está el cambio de método es decisivo para entender cuáles son las connotaciones que nos permiten reconocer lo que hace posible un acontecimiento como el cristianismo en la historia. ¡No hay un método para el comienzo del cristianismo y otro para su desarrollo, es lo mismo! Entonces sí, podemos llevar a cabo en paz el desarrollo: porque será el volver a acontecer del principio. Pero nosotros estamos ya demasiado acostumbrados a oír hablar de esta mirada nueva como algo que se puede dar por descontado, como si fuese algo obvio; ¡sentirse mirados así no es obvio, es de todo menos obvio!

Quisiera contar dos hechos que me han sucedido en el trabajo, para responder a la pregunta. Una compañera con la que trabajo ha decidido pedir que la trasladen a otro sector. Cuando le he preguntado por qué, me ha respondido: «No te interesa. Y cuando me veas fuera de aquí, no me saludes y no me preguntes cómo estoy». Ha sido un golpe duro. Creía que era capaz de entablar relaciones a partir de mi temperamento, y en cambio he percibido toda mi incapacidad y el rechazo a mi persona. Podía hacer como el resto de mis compañeros, que cierran la cuestión, pero eso no me bastaba. Y empecé a preguntarme verdaderamente: ¿dónde pongo yo mi consistencia? Con esta pregunta abierta, ha sucedido otro hecho. El viernes pasado participé en un seminario sobre la simplificación administrativa impartido por una magistrada. Según ella iba hablando, yo estaba cada vez más fascinada por su racionalidad, hablaba de bienes de la vida, de confianza entre la administración pública y el ciudadano; además estaba fascinada por la forma en que se ponía ante los participantes. Estaba

sucediendo en mí la famosa vibración del corazón a la que tantas veces nos has reclamado. Así que, al final, me acerqué a darle las gracias, diciéndole que me confortaba su presencia entre los jueces y que había notado una apertura de corazón y de mente que era fuente de esperanza para mis hijos y para mí. Se bajó de la tarima desde la que había estado hablando y me dijo: «Perdone, ¿puede repetir esas palabras?». Y yo repetí: «Apertura de mente y corazón». Y ella: «Nadie me ha dicho jamás una cosa así, y lo he deseado tanto... Perdone, pero tengo que abrazarla». Entonces le pregunté: «¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Usted es cristiana?». «Sí». «Perdone, pero ahora tengo que abrazarla yo». Todavía quedaba una amiga mía en la sala ya vacía, y con el corazón que me estaba estallando empecé a llamarla a voces porque quería que viniese a ver lo que estaba sucediendo allí, en aquel encuentro entre la jueza y yo. Con esa pregunta abierta he reconocido los rasgos fundamentales de Jesús. Después de estos hechos, he venido aquí esta noche porque no me bastaba escribirte, quería verte porque estoy conmovida y agradecida por tu paternidad en un momento tan decisivo como este. La experiencia de la fe, o sea, del abrazo amoroso de Jesús, renueva esa toma de conciencia tierna y apasionada de mí misma que me hace darme cuenta de mi verdadera necesidad. Y desde que ha empezado la Escuela de comunidad en conexión no has perdido nunca la ocasión para desafiarme a verificar la conveniencia humana de la fe. He decidido aceptar tu desafío. Gracias.

Gracias. «Nadie me ha dicho una cosa así». Era lo que decían los discípulos, jamás habían visto una cosa parecida. ¡Pero ella lo dice dos mil años después! No os olvidéis de esto.

Estaba charlando con mi hija porque hay algo que me urge muchísimo: ponerla en guardia contra ir "tras la moda" (por ejemplo, los chicos están fascinados por cierto tipo de ropas, y entonces todos se van detrás sin pensar). Esto es algo que me urge a muerte, y entonces trataba de desafiarle a ella, que tiene 12 años, diciendo: «¿A ti te gusta verdaderamente esa ropa o te gusta sólo porque es de esa marca? ¿Corresponde contigo o corresponde con lo que el mundo te dice? Porque de otra manera acabarás pensando como piensa el mundo». Y entonces sucedió una cosa grandiosa – los muchachos tienen una relación más límpida con la realidad y el Misterio –, porque ella me dijo: «¿Pero tú no quieres que piense como el mundo para que piense como tú?». Ha estado genial.

¡No hay forma de ahorrárnoslo!

Exacto. Y este es el acontecimiento: que ella tiene un corazón irreducible. Yo le dije: «No. Es aberrante que yo te proponga que no pienses como el mundo para que pienses como yo». Y me di cuenta del cambio de método, porque para mí no ha sido invitarla donde voy yo, sino ponerla frente al puro gesto de la libertad, que acepta o rechaza que la Presencia se revele.

Gracias.

Algo que me ha sorprendido en este último periodo es que dentro de la experiencia está ya todo. Decir esto me conmueve, porque pensaba que ya lo sabía, se lo he oído decir muchas veces a don Gius, y en mi experiencia yo lo he dicho muchas veces. Pero es como si se hubiese abierto el recorrido de conocimiento de esto.

Lo que quiere decir que no estaba todo en la experiencia.

No estaba. Un hecho me ha ayudado a entender esto que para mí es sorprendente, porque se entiende que en un determinado momento vuelves a ponerte en marcha, comienzas a vivir. Enseño religión en la escuela elemental, ahora estamos en tiempo de Pascua y les he preguntado a mis alumnos de quinto: «¿Qué sucede en Pascua?». «Que Jesús resucita». «¿Y eso qué quiere decir?». Este año la respuesta me ha desarmado, en el sentido de que me han mirado y me han dicho: «Quiere decir que está, pero que no se ve». Yo he pensado: caramba,

¿cómo es posible que yo, en cambio, lo vea hoy, en el presente? Así me he puesto a hacer un trabajo junto a ellos, porque si yo no hubiese tenido aquellos rostros delante de mí, si no hubiese escuchado tus palabras, si no viese y no hubiese visto todo lo que he visto en estos dos últimos años, no habría podido retomar con ellos esta cuestión. ¿De qué me he dado cuenta? De que mi razón se había vuelto frágil, pegada a la forma, por lo que seguía repitiendo: «Sí, Jesús ha resucitado». Perfecto, pero no tenía ninguna incidencia sobre la realidad. ¿Qué me he encontrado diciendo hoy? ¿Por qué, por tanto, veo que lo que decimos hoy simplifica mi vida, la hace más alegre y más verdadera? Porque poseo mi experiencia, mi experiencia como un camino de conocimiento. Por la cual los niños al final hablaban de los rasgos inconfundibles de Jesús, hoy, en el presente. Esto me ha hecho decir: si no estuviese lo que está, si él no estuviese, si no estuviese presente ahora, no se entendería lo que dice el manifiesto. En 1988 me impresionó de tal manera que lo puse en la pared, pero me había quedado parada en la frase: «Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo mismo», no había seguido: «Él mismo y todo lo que proviene de Él». Hoy, si tuviese que decir qué es, diría «todo lo que viene de Él, su presencia presente, esta historia que hay ahora». Veo que esto cambia completamente todo.

Gracias.

Una cosa breve, pero que me sucede mil veces al día. Parto siempre de un análisis frente a la realidad, el análisis del que tengo delante que a veces me cuenta un problema o bien de la situación de un problema que hay que resolver en la realidad, o bien, más a menudo todavía, hablo de mí desde un análisis para resolver, para mejorar, para cambiar, para no recaer. Y acabo siempre allí, a veces encuentro la solución, como todos. Lo que más me impresiona es que basta una Escuela de comunidad aquí, basta a veces con volver al libro de Escuela de comunidad, y es como si, repentinamente, todo el análisis se deshiciere. Es algo macróscopico, por ejemplo, en los Ejercicios de la Fraternidad: la respuesta a todos los problemas que tengo es mucho más pertinente que todos mis análisis, aunque no se hable directamente de los problemas, y entonces todo se desbloquea de improviso (algo que jamás conseguiría alcanzar con todos mis análisis).

Cuando releamos el texto teniendo en mente todo lo que hemos escuchado esta noche, nos resultará fácil reconocer todos los signos que don Giussani indica. Los enumero para ayudar a esto, para que cada uno pueda comparar. Primer trazo: no una reflexión como en el sentido religioso, sino una experiencia presente con la que uno se encuentra (hemos oído esta noche a alguien que se encuentra con un hombre dispuesto a vender su casa para pagar las deudas, otro se encuentra en el presente una mirada diferente que esperaba desde siempre, otro más que se encuentra en un gesto donde se recupera la vida). Segundo trazo: una evidencia fácil, hasta para los niños. Tercer trazo (lo que decía la última intervención): no es el resultado de un análisis, sino un reconocimiento, porque todos nuestros intentos de analizar no nos dan ni un instante de ese reconocimiento. Cuarto trazo: por tanto hay un amor, y uno se pega, como los discípulos se pegaban a Él. Quinto trazo: de allí nace una obediencia no en un sentido moralista, más bien una evidencia libre para no perderle (los discípulos, por el hecho de que estaban impactados, no obedecían como la masa a sus jefes, eran libres); se ve que ha sucedido algo porque debes tomar posición. Pero me pregunto: ¿cuántos de nosotros, trabajando estas páginas, se han visto obligados a decidir frente a algo que había sucedido? Dice el texto: «Ciertas llamadas (...) por su radicalidad (...) no pueden ser eliminadas, censuradas. [Tanto es cierto que] el hombre está obligado a decir “sí”, o a decir “no”». Lo hemos escuchado antes, en la canción sobre el joven rico: no es necesario decir “sí”, puede ser también un “no”, pero estás obligado a dar una respuesta. Debes, mientras que tantas veces pasamos semanas sin decidir frente a algo. ¿Por qué debemos decidir? ¿Por qué estamos obligados? Porque – lo dice don Giussani de distintas maneras – la Presencia a la que nos enfrentamos es una Presencia absolutamente irreductible,

¡no la podemos asimilar como si fuese comida, no! Por eso experimentamos tantas veces esta resistencia o un malestar frente a esta Presencia, y nos escandalizamos de ello. Yo en cambio me siento exaltado, porque digo: es el signo de que estamos frente a algo irreductible. No es una cuestión fundamental cuánto tiempo necesitemos para rendirnos a la evidencia, el problema es que estamos frente a algo irreductible, porque esta es nuestra salvación, porque el día en que pudiésemos hacerlo nuestro, estaríamos a solas con nuestra impotencia, solos como perros con nuestra nada. El que nos encontremos ante algo irreductible – irreductible como el Manifiesto de Pascua – es la posibilidad para nosotros. Porque, ¿cuál es la cuestión? Que un hecho tiene algo de inevitable, dice Giussani. Parece nada, pero Jesús se ha hecho carne como un hecho irreductible, como una presencia. Por eso no hay una sola ocasión en que Giussani no hable de la Encarnación, de Dios hecho hombre nacido de una mujer, algo irreductible a un pensamiento, a un gusto, a una imagen, a un sentimiento. Esta es nuestra esperanza, nuestra única posibilidad. Y ante esto uno puede resistirse o puede aceptarlo; pero se da cuenta de que se la juega por entero: sin reconocer esa mirada que me hace ser yo mismo, tendría que renunciar a ser yo mismo, estaría impedido para ello. Entonces preguntémosnos: ¿cuántas veces he sentido en estos meses la urgencia dentro de mí de decidir sobre todo mi ser humano, sobre toda mi humanidad, sobre toda la posibilidad de mi cumplimiento? Por eso don Giussani nos dice que podemos estar convencidos de vivir el cristianismo sin que el problema haya sido resuelto por la propia persona, porque lo podemos aplazar, lo podemos eludir de muchas formas, lo sabemos perfectamente, somos maestros en este arte (tenemos una gran capacidad imaginativa), aun haciendo cosas justas, obras u otras cosas, pero eludiendo la verdadera cuestión. El Manifiesto de Pascua – por eso lo hemos elegido – es un desafío total: es la invitación a estar ante algo irreductible. Lo que celebramos en la Pascua es precisamente esta irreductibilidad: vemos toda la resistencia de los hombres y la nuestra que lleva a Cristo a la muerte. Pero Él permanece inexorablemente presente porque es irreductible a nuestros intentos, y esta es nuestra esperanza. Por eso pedimos poder estar ante esta irreductibilidad presente sin la cual no hay esperanza.

Tendremos la próxima Escuela de comunidad el miércoles 23 de mayo a las 21:30. Volveremos juntos a la primera parte de los Ejercicios de la Fraternidad.

Durante la Semana Santa la Iglesia nos propone unos gestos para poner ante nuestros ojos lo que decíamos ahora. La Escuela de Comunidad de este año es especialmente una ayuda a ensimismarnos con mayor conciencia personal con lo que Jesús ha vivido en estos días: toda nuestra resistencia, todo nuestro rechazo, todo el rechazo del mundo. Pero ni siquiera esto ha podido eliminarlo porque ha resucitado y continúa abriendo la partida con cada uno de nosotros a través de la modalidad en que Él nos alcanza. Por esta gratitud nosotros queremos celebrar con todo lo que somos esta fiesta, para agradecer a Cristo su fidelidad y para pedirLe que acabe con nuestra testarudez.

El número de abril de Tracce tendrá como *Página Uno* la síntesis de la Asamblea de responsables celebrada en Pacengo di Lazase a comienzos de este mes. Os invito a leerla y retomarla, porque es un juicio histórico sobre el momento histórico que estamos viviendo.

El Libro del mes para abril es: *Attila. La tempesta dall'Oriente*, de Louis De Wohl. De esta novela, os señalo en particular el diálogo del emperador Valentiniano con el papa Leone – en la inminencia de la llegada de Atila a Roma –, que pone de manifiesto la conciencia que el Papa tenía de la naturaleza y de la tarea de la Iglesia, de esta presencia absolutamente irreductible a ningún poder.

Os recuerdo que los Ejercicios de la Fraternidad empezarán con la cena a las 19:00 horas para poder comenzar en el salón a las 21:00.

Veni Sancte Spiritus

¡Feliz Pascua a todos!